


 Pedro Trigo

Un camino dramático e inconcluso

De la cristiandad a la catolicidad

UNOS TEXTOS HISTORICOS

El Documento de Consulta que elaboró una comisión de expertos del CELAM como preparación a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se celebrará en 1992 en Santo Domingo no es satisfactorio en su conjunto; aunque, como todo lo que es producto de muchas manos, contiene algunos elementos muy estimables. Este artículo trata de llamar la atención y de recoger para que no se olviden un conjunto de textos que me han sorprendido muy gratamente por su extraordinaria lucidez y que me han admirado sobremanera porque fueron editados con la autoridad del CELAM. Digo que intento recogerlos porque mucho me temo que no sean incluidos en el Documento de Santo Domingo; aunque nada me sería más grato que comprobar que mis temores eran vanos. De ser así, este articulito sería glosa anticipada al Documento. Dios quiera que así sea.

Voy a citar los textos, que están insertos en cuatro números de la Parte Primera que lleva por título "Perspectivas Históricas", y a continuación haré un pequeño análisis para poner de relieve su trascendencia en sí y para nosotros los latinoamericanos.

"El drama del siglo XVI es que la Reforma se partió en dos partes enemigas de modo creciente, la protestante y la católica. La protesta no alcanzó la catolicidad, ni la catolicidad asumió las razones verdaderas de la protesta (...) La terrible desembocadura de las guerras de religión, endurecieron las partes, y es el prolegómeno de la Ilustración, como intento de respuesta secularizada a tanta división (Nº 10)". "Esta reacción se liga al repudio que suscitó la terrible y escandalosa experiencia de casi siglo y medio de guerras de religión. El cristianismo aparecía como factor de división de la sociedad, intolerante y excluyente" (Nº 33). "El Vaticano II significa una nueva dinámica en la Iglesia. Las dicotomías de Trento y el protestantismo se superan desde la *Lumen Gentium* y las de la Ilustración y el tradicionalismo desde la *Gaudium et Spes*.

El Vaticano II hace grandes discernimientos en la herencia de la Reforma y la Ilustración y va más allá de ellas" (Nº 48). "El Vaticano II es la afirmación de la modernidad católica, sin añoranzas de restauración ni medieval ni barroca. Esta es una cuestión de extrema importancia" (Nº 31).

CRISTIANISMO INTOLERANTE Y EXCLUYENTE

Todo comienza con la Reforma del siglo XVI. En sí, un hecho positivo, necesario, movido sin duda por el Espíritu Santo. Pero según el texto, la Reforma no llegó a alcanzar sus objetivos sino que se empantana en un drama. Este consiste en que los reformadores se dividen en dos bandos irreconciliables; y esta división de personas encarna una dicotomía ideológica: un bando se aferra a razones verdaderas de protesta y el otro a la catolicidad irrenunciable. Sin embargo, al basar la propia identidad en lo que diferencia del otro (teología de controversia), la identidad se deforma inevitablemente. La catolicidad sufre al dejar de expresar la totalidad y reducirse a la autodenominación de un bando no reconocida por el otro, y más aún al excluir del depósito razones verdaderas. De este modo la catolicidad, aunque se mantenga como tal, se empequeñece y se deforma. También la protesta, a pesar de sus razones verdaderas, al cristalizar en secesión, cambia de signo, y negándose subrepticamente a sí misma, trasunta a la institución que pretende negar superadoramente, pero lo hace de un modo meramente fáctico y por lo tanto superficial y expuesto a la arbitrariedad y desintegración.

El signo más claro de la existencia de una anomalía seria, de una grave deformación no reconocida es el autoritarismo en que caen los dos bandos. Ambas instituciones eclesásticas, en vez de ser sirvientes de sus Iglesias, se convierten en dueñas al estilo de los dueños de este mundo. La Reforma, que comienza como necesidad perentoria de superar la mundanización de la Institución Eclesiás-

tica, acaba con la más completa mundanización de las autoridades que consiste en la utilización, verdaderamente demoníaca, del poder de coacción: coacción sobre los bienes, con multas y enajenaciones; coacción sobre los cuerpos, con arrestos, castigos, torturas y asesinatos; y coacción sobre las conciencias, tan grave en el bando católico que llega a provocar un marasmo intelectual del que todavía no acabamos de salir.

Esta mundanización de la autoridad evangélica, que degenera en poder, desemboca lógicamente en la entrega de las instituciones eclesásticas a los poderes políticos. Y así se combina la represión religiosa en el seno de cada agrupación política con la guerra de unos Estados contra otros, esgrimiendo motivos religiosos. Al invocarse motivos absolutos, la guerra se vuelve santa y se justifican las atrocidades. El cristianismo verdaderamente aparece, como dicen los textos, como factor de división de la sociedad, intolerante y excluyente. La unidad política basada en la unidad religiosa, acaba lógicamente en el absolutismo y el fanatismo, que sólo se satisfacen con la aquiescencia servil.

LA ESPAÑA QUE VIENE A AMERICA

En el caso de España, que nos interesa como latinoamericanos, se pasa de una Edad Media pluricultural y religiosamente tolerante al imperio de la Inquisición. En España, a diferencia de otros países de Europa, no existieron las cruzadas. La Reconquista no fue, como se la ha querido presentar, una guerra religiosa. La coexistencia, convivencia y colaboración entre judíos, islámicos y cristianos, más allá de roces comprensibles, fue una constante estructural en la Edad Media. Fueron los Reyes Católicos quienes quisieron transformar en guerra religiosa la conquista del reino de Granada. Ellos decretaron la expulsión de los judíos. Y Cisneros fue el mentor de la pseudo evangelización asimilista que provocó la rebelión de los moros de las Alpujarras. Ellos fueron los forjadores de una unidad monolítica impuesta y mantenida desde el poder.

Sin embargo esta dirección no podía imponerse de la noche a la mañana, y sólo conforme fue avanzando el reinado de Felipe II se fue imponiendo la prohibición de salir a estudiar al extranjero, se persiguió a profesores universitarios, se censuraron drásticamente las publicaciones y se cerró el país y se apagó el espíritu. Se desestimuló a la burguesía y a los agricultores, y el país cayó en manos de la nobleza rentista y de los ganaderos, de

de los soldados y de la institución eclesiástica.

Se impone desde el poder la reforma moral y la asistencia a los actos religiosos. Pero al limitar drásticamente la búsqueda intelectual y al impedir el uso del albedrío, se hace extremadamente difícil adorar a Dios en Espíritu y en Verdad. La religión va siendo ocupada por la disciplina eclesiástica, los actos de culto cada vez más pomposos y la moral de comportamientos, castrándose la experiencia espiritual que, encarnada en grandes santos, fue la gloria de la primera fase de la reforma española. Una buena parte de estos santos fueron procesados por la Inquisición y algunos concienzuda y aparatadamente, como Juan de la Cruz y Juan de Avila.

El precio que paga el pueblo por esta política imperialista de defensa de la verdadera religión y lucha contra la herejía es el hambre, la miseria, el abandono, la desolación, que en el siglo XVII se transforman en decadencia, en involución degenerativa, esa que a fines del XVIII captó Goya en ilustraciones lacerantes.

Cuando acontece el descubrimiento, la mayor parte de los intelectuales participan de la libertad espiritual de la primera fase de la Reforma cristiana, anterior a las divisiones y a su ensañamiento. Este será el talante predominante entre los misioneros que vinieron a América hasta los años 70 del siglo XVI y más aún del pueblo (los que en la Colonia serán llamados blancos de orilla) que vivían pacíficamente su cristianismo de la baja Edad Media, signado por lo devocional, las cofradías y la iniciativa laical. El virrey Toledo, hermano del Duque de Alba, que llegó a Lima en 1569, sería el prototipo y el fautor del reformismo autoritario.

LA RELIGION NATURAL DE LA ILUSTRACION COMO RESPUESTA

Todas las partes del conflicto hablaban de voluntad de Dios. Cada vez fueron más las personas que pusieron en duda esta pretensión de las instituciones eclesiásticas. ¿En nombre de Dios esa sujeción de cuerpos y espíritus? ¿En nombre de Dios esas guerras monstruosas? ¿Actuaban como representantes de Dios quienes ejercían esa represión y avalaban esa violencia?

Como ellos se afincaban en que sí y estaban dispuestos a excolmulgar a quien lo pusiera en duda, hubo intelectuales que empezaron a desconfiar de tales autoridades y de la revelación en que decían basarse. Si el Dios revelado desembocaba en jerarquías intolerantes y excluyentes, ese Dios revelado llevaba a la barbarie, no era componible con la liberación humana.

No era, pues, el Dios verdadero. El Dios puro e incontaminado con las arbitrariedades del poder, era el Dios sereno, hermoso, verdaderamente universal, que trasunta la Naturaleza, un Dios completamente dedicado a dar vida y a mantener un ámbito armónico en el que resplandecía la variedad irreductible, una casa admirable en la que todos cabían. Ese mismo era el que tanto el sentimiento como la conciencia captaban, deseaban y reveenciaban. Ese era el verdadero Dios de la humanidad. Sólo adorándolo podría reencontrar el ser humano las fuentes de la humanidad. Sólo encontrándose en él llegarían a reconocerse y hermanarse los pueblos. En una Europa agotada y estragada de tanta represión y guerra, éste era el único evangelio. No el que predicaban las jerarquías. Y de este evangelio el maestro era Jesús. El cristianismo debía reencontrar su cauce, pero para eso debía abandonar su autoritarismo. Se trataba de estimular, de proponer, de dar vida: como Jesús. Ya para el siglo XVIII una buena parte de la jerarquía de las distintas denominaciones cristianas, incluida desde luego la católica, tan agotada como las demás fuerzas dirigentes, recibió como buena nueva esta propuesta y la hizo suya.

Naturalmente que la Ilustración no es sólo este planteamiento. Pero es bueno reconocer que él, en medio de sus debilidades, era pertinente e incluso saludable, como un modo de desintoxicación para que la religión enferma saliera de su estado comatoso, se deslastrara de sus aberraciones y pudiera nuevamente reiniciar su vuelo. Demasiado tiempo hemos mirado con desdén el desdén de la Ilustración por la religión revelada. En estos textos que comentamos, se deja ese desdén secular y se hace justicia a esa actitud. En primer lugar se reconoce el callejón sin salida en que se encontraba la Iglesia "paralizada intelectualmente" y caída en "una enorme postración" (Nº 32). En eso había desembocado la reforma desde la hipertrofia del positivismo de la revelación hipostasiada en el poder sacralizado.

En el siglo XVIII no hay teología y apenas libros de espiritualidad. Los santos son moralistas. Los documentos más interesantes sobre religión los escriben hombres de mundo: las confesiones del presbítero saboyano (Rousseeau), La Carta Sobre La Tolerancia (Locke), La Religión Dentro De Los Límites De La Razón (Kant).

La institución eclesiástica se encuentra en estado de mundanización y postración. La vida religiosa y sobre todo la monástica, decae. Sin embargo, los grandes eclesiásticos y las corporaciones eclesiásticas disponen de enormes rique-

zas (aunque el clero bajo esté en la miseria). En círculos ilustrados los atacan por su dominio del pueblo y su poder político, y por la falta de moral y luces. Aunque el pueblo y la mayor parte de los nobles, incluso de los ilustrados, cumplen sus deberes religiosos, sin embargo en este siglo nada esencial parece jugarse en el seno de las religiones organizadas. Nadie parece canalizar a través de ellas una aventura interior, búsquedas profundas. En este sentido se puede decir que es un siglo de iglesias sin cristianos (no sin asistentes) y de cristianos sin Iglesia. Porque no es tan fácil decir que sea un siglo irreligioso. Pero su religión es la religión moral de la razón práctica y la religión inefable del corazón, entendida como sentimiento y aun sentimentalismo.

DICOTOMIA ENTRE ILUSTRACION Y TRADICIONALISMO

Sin embargo la reacción contra una mala inteligencia y un mal uso de la revelación no fue suficientemente dialéctica. Esa apelación al sentimiento de la naturaleza (a la contemplación del orden y la armonía cósmicos), a esa religión del corazón y al acatamiento de la ley de la conciencia perdieron bien pronto la trascendencia. Y así la religión humana se mordió la cola cuando la medida de lo humano fue demasiada humana y se esfumó la dimensión de entrega y dedicación. La consecuencia fue ahora el elitismo de los ilustrados y la sujeción al despotismo ilustrado. Nuevamente exclusión e intolerancia, pero ahora en nombre de la ilustración y la tolerancia. Y por eso la Ilustración provoca la reacción de la restauración tradicionalista que reivindica lo olvidado y negado por ella; pero nuevamente sin integrar sus verdaderas razones.

Desde este punto de vista se comprende por qué la disputa entre la Iglesia y el Estado que atravesara toda nuestra vida republicana hasta bien entrado el siglo XX, no podía resolverse: ambas partes estaban aferradas a posiciones caducas y prolongaban sin saber la lucha de las investiduras. La Iglesia invocaba el principio, realmente indeclinable, de la libertad de la Iglesia y el Evangelio; pero luchaba por ella desde un modelo anacrónico que reivindicaba supremacía y control ideológico sobre la sociedad con el derecho de emplear al brazo secular para imponer la observancia de sus leyes y decretos. Por su parte el Estado insistía en el carácter místico y por tanto no político de la religión (así Bolívar en la Constitución Bolívariana) para excluirla del poder; pero en la práctica la entendía como una corpo-

ración del Estado sometida al gobierno y por lo tanto instrumento político de los gobernantes.

EL VATICANO II COMO ACONTECIMIENTO SUPERADOR

Pues bien, el Documento de Consulta insiste en que el Vaticano II lleva a cabo por fin la síntesis superadora entre Trento y la protesta, entre la Ilustración y el tradicionalismo. Una concepción de la Iglesia más integral asume por fin las verdaderas razones que había enarbola-do la protesta: todos somos Iglesia; todos participamos del sacerdocio, la profecía y el magisterio de Jesucristo; todos somos discípulos, seguidores de su misión y su persona. Dentro de esta Iglesia hay diver-sas funciones irrenunciables y todos tie-nen las suyas. Todo el pueblo de Dios es sacramento de que en el mundo hay sal-vación, y toda la Iglesia es sirvienta de este misterio de salvación que, cumpliéndose en ella, la desborda absolutamente. Por eso, no sólo tiene sentido la tolerancia sino que la libertad religiosa y la inviolable libertad de conciencia forman parte esen-cial del patrimonio cristiano. La Iglesia, si quiere ser fiel, debe ser garante de esta libertad. Y así se asume la secularidad de la modernidad sin tener que caer en el secularismo, ya que ésta secularidad es revelada, querida por Dios.

El Vaticano II recogerá al fin la máxima condenada de los liberales católicos (el lema de Lacordaire): "una Iglesia libre en un Estado libre" porque sólo una Iglesia como la del Vaticano II, libre en su interior,

puede ser una Iglesia que no necesita apoyarse en los poderosos y que por eso no requiere el concurso de un Estado autoritario sino que propicia lealmente la cultura de la democracia, e incluso es garante de su trascendencia. Por eso los textos que comentamos hablan de la ex-trema importancia de la afirmación de la modernidad católica, sin añoranzas de restauración, que lleva a cabo el Vaticano II.

UNA LOGICA COHERENTE

Es importante resumir la lógica que concatena los textos que comentamos: Una Iglesia que no admite las razones verdaderas de la protesta se convierte en una institución doctrinaria y represora, en una jerarquía mundanizada que, en vez de ser dechado de su grey y guiarla así con su ejemplo alentador, domina despóticamente sobre ella, desconociendo que a los fieles les anima el mismo Espíritu que hay en ella. Esta jerarquía convierte a los fieles en una masa pasiva que no tiene más función que obedecerla. Por eso, al romper la comunión con los fieles, que es la primera eclesialidad, pier-de la autoridad evangélica y se entrega al ejercicio del poder. Cuando la institución eclesiástica funciona como poder, se en-tiende como los otros poderes de este mundo y pacta con ellos. Entonces la Iglesia deja de ser sacramento, símbolo, de liberación y reconciliación y se convier-te en diablo, es decir en causa de des-aliento, dispersión y división. En esta cir-cunstancia hay personas genuinamente

religiosas que no pueden reconocer en ella al Espíritu y necesitan acudir a otras fuentes o se recluyen en su interioridad. Pero a la larga esta solución tampoco es satisfactoria: la Iglesia es necesaria. Por eso el Espíritu vuelve a suscitar en su Iglesia la primavera espiritual de la liber-tad evangélica, cuyos símbolos en nues-tra época han sido Juan XXIII y Pablo VI, que tutelaron y así hicieron posible el ámbito de creatividad que fue el Concilio Vaticano II.

Sin embargo un Concilio es un aconte-cimiento y como tal él sólo no es capaz de superar situaciones establecidas e inver-teradas. El Vaticano II es, sí, principio de solución. La pregunta es si es asumido, tanto por la jerarquía como por los laicos y la vida religiosa. Sólo esta asunción transforma el acontecimiento en institu-ciones, estructuras, vida permanente que supera la situación pasada. Ha transcurri-do aún poco tiempo. Hay sectores de la Iglesia que son ya Iglesia del Vaticano II; pero otros, con gran influencia institucional, no han cambiado sino lo estrictamente indispensable para no cambiar. Todavía es prematuro vaticinar que la Iglesia acaba-rá siendo configurada por el espíritu conciliar. También hoy está en marcha la misma desviación, autoritaria, doctrinaria, disciplinar, de la Reforma, que se operó en la segunda mitad del siglo XVI. Por eso esta apuesta por el Vaticano II nos parece no sólo un acto inaudito de lucidez sino una decisión histórica, si se mantiene. Comenzamos apuntando nuestros temo-res. Pido a Dios que los obispos los des-pejen en Santo Domingo.



FELIX MORACHO. PARA ENTENDER LO QUE JESUS HACIA Y DECIA. Ediciones S.A. Educación y Cultura Religiosa, Caracas, 1991, 176 pp

Un libro preciso, bien fundamentado para entender la actuación de Jesús ante la problemática religiosa-social-política-económica que encuentra en su vida.

Descubriremos:

- su enfrentamiento radical con la sociedad patriarcal, y la provocativa defensa y exaltación de la mujer que asume;
- su opción por los enfermos, pobres entre los pobres en la Galilea y Judea de su tiempo;
- cómo desenmascara el legalismo, la hipocresía, opresión e infidelidad a Dios que hay en los jefes religiosos de su pueblo, cuestionando el poder religioso, económico, político y discriminatorio del templo.

Así entenderemos mejor el por qué de la muerte de Jesús, y la tentación que acecha a los cristianos de seguir viviendo hoy como los sacerdotes, escribas, fariseos, saduceos que condenaron a muerte a Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios, el Señor.

Otros libros del mismo autor

En Distribuidora Estudios:

Los diez Mandamientos. Caminos del amor que nos hace libres
 Jesús de Nazaret, el hombre libre y liberador
 La familia y Jesús de Nazaret
 La Virgen María es María de Nazaret
 Iniciación cristiana y devocionario popular

En Ediciones Paulinas:

Cristianos hoy
 Nuevo Catecismo
 Curso básica para la formación de Catequistas
 Seguir a Jesús. Catequesis para las comunidades cristiana